

La cuadra de las casas inclinadas



*Gladys Biviana Sánchez Murillo**

bivianasanchez0357@hotmail.com

A las 9:00 a.m. del sábado se citó a una reunión para tratar el problema de la construcción de las casas que se venía presentando en San Mateo, barrio ubicado en el municipio de Soacha, a las afueras de Bogotá. Al salir, los habitantes de las cuadras vecinas vieron una carpa inmensa que ocupaba todo el ancho de la calle, y bajo ella, un tumulto de muebles, enseres y personas que contaban cómo había sido su estadía durante la noche a la intemperie.

Los ediles y representantes del comité formado por los mismos damnificados recogían firmas de los habitantes del sector para respaldar una denuncia ante la Alcaldía Municipal de Soacha sobre el mal estado de las construcciones y el peligro que representaban. Efectivamente, las casas del frente del conjunto Junín del barrio San Mateo estaban seriamente afectadas y aunque muchos habían pasado cientos de veces por ahí, nunca se dieron cuenta de lo inclinadas que estaban.

Masivamente acudieron al llamado. Los perjudicados procedían a mostrar las casas que estaban en peor estado e invitaban a todo el que pasaba a entrar, aunque la mayoría sentía miedo de que se vinieran abajo. Y es que al observarlas desde afuera, se nota una declinación considerable hacia la derecha, las puertas no encajan con su marco y ni hablar del interior: las grietas de las paredes tienen como cinco centímetros. ¡Cinco centímetros! ¿Cómo pudieron vivir así y por qué no se habían quejado?, ¿cómo los vecinos no se habían dado cuenta de que sus casas estaban como la Torre de Pisa?

En una de las viviendas había un niño de unos seis años en la mitad de cuatro paredes sostenidas con palos anchos en cada esquina; daba la impresión de que en cualquier

▶▶ * Estudiante de Licenciatura en Humanidades, con énfasis en Educación Básica, Universidad Pedagógica. Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

momento todo podría desplomarse. La humedad casi omnipresente indicaba numerosas e inevitables goteras, que cruzaban grietas inmensas entre un ambiente oscuro, que hacía suponer el frío de la noche.

♦ **Pesadilla conjunta en el conjunto**

No se decían nombres, nadie tenía prioridad sobre el otro, todos peleaban por todos, por su conjunto, por las casas que se caen. Comparten, socializan con los vecinos de otras cuadras, y hasta con los típicos curiosos del barrio. Doña Agripina, con su característica ruana vinotinto y una disimulada curiosidad, decía: *“Entre más rápido se riegue el chisme, más pronto se verán los resultados”*. Todos unidos, aunque cada uno en diferentes condiciones. Unos con su deuda ya cancelada y otros por terminarla, unos reclamando indemnización, otros una casa sin preocuparse si será nueva, vieja o lejos desde que sea de ellos y reponga la que tenían. Opiniones diversas pero todos, en conjunto, viviendo la misma pesadilla.

Las casas fueron construidas en 1985 y este desastroso hecho se viene presentando hace cinco o seis años. El problema no sólo es del sector Junín o de la Urbanización Parques del Sol II; se calcula que hay alrededor de 10.000 familias damnificadas en la localidad de Soacha y hoy por hoy, con el apoyo de diferentes concejales y ediles, se planea un debate comunal al que invitarán a todos los medios y entes concededores del tema para encontrar una solución.

Algunos incluso fueron engañados. Alfredo Gutiérrez, dueño de una de las viviendas que está en peor estado, tiene cerrada su papelería, negocio que le daba para vivir. La cerró porque, según él, las ventas no eran lo mismo. Tampoco quería arriesgarse a que en cualquier momento todo se le viniera literalmente encima con un cliente adentro. La noche anterior se unió a los que se quedaron en la carpa, y dice que fue la peor noche de su vida. No sabía si maldecir a la constructora, al barrio, al suelo o a la anterior dueña, que sabía del problema y luego le confesó que maquilló las grietas y echó un bálsamo para las goteras que, por cierto, no duró ni los primeros dos meses con el fin de vender y recuperar su dinero. Don Alfredo vendió todo lo que tenía para comprar esa casa y la papelería, y ahora no tiene ni con qué comer.

Caso similar al del señor José Polanco, quien también recibió su casa totalmente maquillada. El anterior dueño instaló un tubo de más para tapar una grieta que no pudo maquillar. Al pasar el tiempo la puerta del patio se cayó y recientemente se desplomó un lavamanos.

Cuando se le pregunta al señor Alfredo cómo se vive inclinado, se echa a reír. Dice que no se dio cuenta a qué hora todo se torció: *“Es como cuando ves a tus chiquitos crecer, como convives con ellos no notas el cambio, más bien te lo hacen notar otras personas”*. Él estaba conciente de las grietas, eran pequeñas porque estaban maquilladas y pensaba que era la humedad. Después de un tiempo, cuando vio todo peor, decidió invitar a su familia a la casa para mostrarles y de paso ofrecerles una comilona. Los invitados inmóviles en frente de la casa ni siquiera dejaron entrar a los niños atemorizados de que se fuera a caer todo,

según ellos, por la vibración de tantos pasos en el suelo. Don Alfredo les dijo: *“Sí, está un poco inclinada, pero no es mucho”*. Salió y miró su casa nuevamente y afirmó: *“¿Cómo he podido vivir así tanto tiempo?”* Miró al suelo y se derrumbó. Dice que la preocupación lo hizo caer en la cuenta de que debía hacer algo. Ese fue el tope.

♦ La batalla legal

Entre los habitantes de las casas más deterioradas hubo mayor comunicación. Empezaron a mirar entre casas. Organizaron un comité encargado de la parte legal porque sabían que esto iba para demanda. Era lógico, todas las casas se veían inclinadas unas más que otras. El deterioro y la inclinación están presentes en 12 de 16 casas de la cuadra, las otras y las de la parte de atrás de la manzana, si no muestran una humedad inhóspita que invade las paredes con lama y cunde de babosas y demás insectos, tienen grietas que se van haciendo cada vez más grandes. Debido a esta humedad decidieron demandar al Acueducto y al Fondo Nacional del Ahorro, entidad a la cual unos le pagaron la casa y otros continúan haciéndolo.

Las casas están tan inhabitables que la empresa de Gas Natural decidió suspender el servicio para evitar cualquier tragedia. No se logró, los residentes no podían salir más perjudicados, se opusieron porque necesitan el servicio. Esto aún está en negociación ya que representa un gran riesgo no sólo para los de la cuadra sino para todas las viviendas cercanas.

Conscientes de la situación los vecinos se comprometieron a llevar víveres y por lo menos todas las noches agua de panela y pan a los “hospedados” en la carpa. Tanto era el revuelo de este hecho que hasta los medios de comunicación se presentaron unos días después de que los perjudicados tomaran la iniciativa de quedarse en la carpa. Llegaron RCN, Caracol y Citytv, transmitieron por televisión imágenes y testimonios en directo, la noticia se volvió a transmitir uno o dos días más, pero no se le ha hecho seguimiento.

Los afectados pasaron un derecho de petición a la Alcaldía Municipal de Soacha y el alcalde Jesús Ochoa Sánchez le facilitó una carpa más grande y expidió un decreto en agosto de 2005 para declarar en estado de emergencia e inminente peligro varios de los inmuebles. Después de un par de meses durante los cuales se llevaron a cabo investigaciones del terreno y suelos —costeados por los mismos damnificados por medio de ventas de tamales, lechonas y hasta desayunos en las cuadras— y búsquedas de documentación de las constructoras, se supo que los terrenos eran un relleno que estaba en malas condiciones y era lógico que se estuviera dilatando con tanto peso. Por ello se demandó también al municipio, que no debió permitir la construcción en terrenos en mal estado. Se descubrió además que la constructora KVH, que construyó el sector Junín y la mayoría de conjuntos y urbanizaciones en la localidad de San Mateo y Soacha, ya no existe. Cambió de razón social y no hay a quién demandar.

Por otro lado y para tristeza de todos, 7 de las 12 casas ya tienen construido hasta tercer piso, todo el frente e incluso sobre el patio. El peso acentúa el daño y las partes demanda-

das dicen que por esa razón no estaba permitido construir hacia el frente ni más allá del segundo piso. También tienen la culpa los propios habitantes.

Los abogados costeados por los mismos habitantes buscan una indemnización y que los afectados se puedan quedar con el lote. Las casas costaron alrededor de 21 millones. Pero no se sabe lo que pasará con las de tres pisos. *“Lo único que hay para hacer es esperar, el proceso es largo y sólo nos queda buscar gente para hacer el problema más público”*, dice don José.

Después de que se llevaron a cabo las investigaciones y las demandas, los afectados que podían pagar un arriendo o tenían donde quedarse empezaron a marcharse de las casas. Los que no tenían adónde ir o sentían miedo de quedarse dentro de la casa —número bastante reducido— se siguieron quedando en la carpa. Tiempo después la Policía la levantó con el pretexto de que obstruía el paso peatonal y por quejas de otros vecinos. Según ellos, la carpa estaba sólo de adorno, nadie se estaba quedando allí. Ahora ni siquiera se debe pasar por esa cuadra y menos con carros porque fue declarada zona en peligro.

Los inmuebles que fueron desalojados no tienen ninguna vigilancia. La señora Végola, dueña de la casa esquinera, se desprendió totalmente de su propiedad, dice que no le interesa lo que pase, si el Fondo Nacional del Ahorro le va a devolver algo. Tal vez esa inmensa casa púrpura, al igual que las otras casas abandonadas, estén siendo habitadas por indigentes, tal vez no. No se ha sabido nada en el barrio, no ha habido noticias sobre vándalos durante la noche y a plena luz del día no se ve ningún habitante.

Ha pasado el tiempo y lo cotidiano se volvió insoportable para algunos. Doña Pastora, dueña de una de las casas, no deja de echarle la culpa a los que construyeron más de lo que debían. Está desesperada porque le digan si le van a responder, si le van a dar la casa, la indemnización, o si le toca en últimas morir allí. *“No me importa lo que me digan sea bueno o malo desde que me lo digan ya”*, dice cansada. Aguarda con poca esperanza porque para ella *“esos embaucadores”* ya tienen el as bajo la manga para salirse con la suya y huir de la responsabilidad. La resignación se ve reflejada en el aspecto de su casa: empañetó las grietas, pintó la casa, y ocultó con cuadros las imperfecciones. Siempre teme al entrar a la casa a sabiendas de que se encuentra tan débil y dice que le da tristeza saber que está pagando por otros.

Don Alfredo confiesa que se acostumbró, ve “embolatado” lo de las casas, él mejor piensa en trabajar duro, en empezar de cero hasta volver a conseguir lo que tenía: *“Si no empiezo ya, me voy a hundir junto con estas casas”*. En la suya, a diferencia de la de doña Pastora, no hay arreglos. No los hace porque dice que en cualquier momento los encargados van a ver y se darán cuenta de que es una de las peores y seguramente será uno de los primeros indemnizados.

Sigue pasando el tiempo y no se sabe qué esperan las partes demandadas, no dan respuesta alguna. Las casas siguen allí, inclinadas, con muy pocos habitantes. La mayoría guarda la esperanza de que cumplan lo que piden: la indemnización o, en últimas, una casa, en otra localidad, tal vez nueva, pero eso sí, sin ningún problema de suelo o inclinación. Sin embargo, mantienen un gran temor: esas construcciones con más de dos pisos que pueden acabar con todos los esfuerzos. Otros dicen que saben que morirán en sus casas con plásticos en vez de vidrios porque los marcos no cuadran, con grietas rellenas de cemento que se cae al pasar el tiempo y con palos anchos en las cuatro esquinas para aguantar el peso. En este caso no hay lugar para modificaciones ni arreglos.

Tal vez la gente seguirá desertando, tal vez no. Doña Pastora no se acostumbra, el señor Alfredo ni siquiera se resigna, y don José persiste con toda firmeza. Todos seguirán a la expectativa con una sola certeza: *“Entre más rápido se riegue el chisme, más pronto se verán los resultados”*.